

Gozo poderoso *

La búsqueda de una genealogía propia

“A felicidade aparece para aqueles que choram.

Para aqueles que se machucam.

Para aqueles que buscam e tentam sempre.

E para aqueles que reconhecem

a importância das pessoas que passam por suas vidas”

Fragmento de un poema de **Clarice Lispector**

(Há momentos)

“Te escribo porque no me entiendo”... He decidido comenzar este escrito con esa frase que Clarice Lispector da al mundo en su libro Agua Viva, porque ese fue mi ejercicio con este escrito, un proyecto de desenredar ese trasfondo en donde mi tesis de pregrado se desarrolló. Quiero explicar y explicarme que fue esa materia viva que me llevó a tomar la decisión de trabajar sobre la violencia, la mujer, la memoria en un país como Colombia.

“Imágenes arquetípicas en las memorias del terror en Rovira, Tolima”. Este fue el título de mi tesis; era un trabajo con mujeres y hombres sobrevivientes de la Violencia¹. En el trabajo de campo surgían una y otra vez tres imágenes importantes: los pájaros, el monte y la madre -estos muy relacionados entre sí. Esta última siendo la imagen más común en los relatos sobre aquella época, esta imagen de la madre tenía diferentes caras; la diferencia era la "clase de madre" que cada grupo mostraba. Por un lado, los hombres y la literatura de la violencia la mostraba como un ser devorador, corrupto; por otro lado las mujeres -todas campesinas- hablan de la madre de otra manera: una madre protectora. En ese entonces llegué a una "conclusión", pero ésta siempre me resultó incómoda. Esta conclusión estaba engranada en teoría psicoanalista y

¹ La Violencia es como se denomina a la guerra bipartidista entre liberales y conservadores durante 1948 después de la muerte del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán hasta 1959.

bajo diferentes autores, masculinos en su mayoría, convirtiéndose en un corsé sobre esa imagen de la madre.



Cuando estaba en el momento de elegir un tema para mi tesis de grado me vi envuelta en una Bogotá de huelgas, marchas y protestas. Así, por un tiempo asistí a estas muestras de la ira popular, ira con las condiciones de vida, por la guerra, por el Estado asesino (pues hasta ese momento se estaba conociendo todo el proceso de falsos positivos² por parte del Estado). Hoy pienso en esas marchas y me sorprende con esa sensación de fe y de porvenir, de cambio que esas muestras del pueblo ponían en mi panza³.

Caminando con cientos de personas a mi lado por la calle 7^a, grito tras grito inundando la realidad urbana por un pueblo contestatario, responsable: “Uribe paraco, el pueblo esta verraco”; eso gritaban y al poco tiempo yo también lo hacía. ¿Qué era esa sensación de comunidad que reinaba en ese espacio en aquel momento? Supe que eso era más grande que yo, más grande que mi historia, e ingenuamente creí que estaba siendo parte de la Historia.

Al final de la calle 7^a, en la plaza de Bolívar⁴ me encontré con un mar de gente diversa: mujeres, hombres, blancos, negros, indígenas, todos estábamos; bajo las escaleras de la Catedral de Bogotá mujeres con la mirada perdida y con fotos de sus hijos y familiares desaparecidos y un gran cartel: Por nuestros muertos ni un segundo de silencio”, era parte de esos gritos mudos que resaltaban en ese acto que luego tendría el apelativo de “vandálico”, pero que resaltaba esa sensación casi mágica en la panza, una fuerza tan inexplicable que movía a tal vez miles de personas. Aquel cartel quedaría en mi memoria

² La ejecución extrajudicial de civiles para hacerlos pasar como guerrilleros muertos en combate dentro del marco del conflicto armado que vive el país. Estos asesinatos tenían como objetivo presentar resultados por parte de las brigadas de combate. Se calcula que durante el gobierno de Álvaro Uribe hubieron más de 3.500 víctimas de lo que se conocería como “falsos positivos”.

³ Sé que no es una palabra propia de la vida académica, pero es una palabra importante de mi lengua materna, cargada de emocionalidad, transmitida por mi madre desde que era pequeña.

⁴ Se puede decir que es el centro político de Colombia. En la plaza se encuentra la casa presidencia (casa de Nariño), el palacio de justicia, la alcaldía de Bogotá, etc.

como un recordatorio de la fuerza femenina, de la madre pidiendo a gritos los cuerpos que un día fueron suyos, desde el día en que crecieron en su vientre hasta el día en que les fue robado su luto.

Tantas veces me negué a pensar en su muerte, por qué mi esperanza en flor era encontrarlo con vida. Nadie, ni siquiera en la más dolorosa desesperación, piensa por un minuto en la muerte del ser querido. Nadie quiere partirse en dos, nadie quiere sumergirse en su propia sombra sólo para ver o imaginar la espalda de la muerte que huye sonriente, y en su huida lleva a cuestas la vida de quien nos perteneció y a quien pertenecemos por voluntad propia. (Alape, 2009: 158)

Esas mujeres eran una pequeña muestra de lo que pasaba en el país desde hace tanto tiempo, eco de un grito silencioso que venía de todas partes en donde la violencia y la guerra eran el pan de cada día:

Renuncio. Se lo entrego al río. Desde hoy mi hijo se llamará Moisés, será rescatado de las aguas por otra madre huérfana que quiera llorar al despojo de sus entrañas.

Ella le dará sepultura, como hice yo con el joven desconocido que usted me regaló. Ojalá su madre supiera que lo enterré como es debido, que le puse flores y lloré en su tumba, hasta que apareció de nuevo mi hijo, mi Salvador. ¡Maldigo esta tierra que “comienza a vomitar sus muertos”! ¡Maldito sea este tiempo donde “no hay lugar para los muertos”! (Donde se descomponen las colas de los burros Carolina Vivas Ferreira).

Al llegar al centro de la plaza vi a Bolívar con una bandera colombiana y enmascarado, un Bolívar subversivo.



Una sensación de esas que erizan la piel pasó por mi cuerpo, fue como sentir a Dios, fue verme cara a cara con lo que Clarice Lispector definía como el “it”, La alegría de un desorden orgánico, que de alguna manera tiene un orden subyacente aunque efímero.



Como toda marcha ese día terminó con golpes de garrotes, tiros de escopetas (de goma) y gritos.

Dormí toda la noche soñando con un cambio: ¿cómo decir que no habría un cambio después de ese suceso? Sentí haber tocado el “it”; el dios de mi abuela estaba presente, yo sé, lo sentí. Al otro día prendí el televisor, pero nada pasaba, las novelas opacaron esa expresión de ira del pueblo. Recuerdo esa sensación de irrealidad impuesta por los medios, esa noción importaculista⁵ que todos tomaron. Así que fui a la plaza de Bolívar; había algunos turistas encantados mientras eran atacados por algunas palomas y la plaza estaba resplandeciente y limpia, como si no hubiera sucedido nada, Bolívar mostraba

⁵ Esta es una expresión muy Colombiana, se dice cuando a alguien no le importa lo que sucede.

su cara, estaba frío y distante observándome desde su altura, cual emperador de un mundo imaginario.

En las escaleras de la Catedral dos mendigos y una señora de edad avanzada, con la piel surcada por toda una vida de trabajo bajo el sol bogotano, con una pequeña caja en la que vendía chicles y cigarrillos para los transeúntes, la imagen de las madres pidiendo el reconocimiento de los suyos y de su pérdida se desvanecía en los escalones de ese viejo monumento.

Supongo que la reacción popular es como los fuegos artificiales, una explosión de sensaciones que ilumina el panorama, pero que es momentánea, después de su explosión sólo queda el silencio. No iba a quedar en la historia, nadie hablaría de eso, se perdería en el tiempo.

Esa experiencia me dejó una semilla en la cabeza: “el instante es una semilla viva”⁶. La frase de Clarice quedó marcada a fuego en mis huesos y poco a poco mi tesis se enfocó en la historia, en la historia de los excluidos –lo que en antropología se conoce como etnohistoria-. Así que dirigí la mirada a las mujeres en la historia, pero me encontré con excepciones frías y distantes de mi realidad.

En mi vida he visto la grandeza femenina, la veo diariamente pero, como en las marchas era una grandeza que se perdía en la traducción de la Historia, recordé una *historia* que provocó en mí la misma sensación de aquella marcha. Esa historia era la de mi abuela -en la guerra de 1948, conocida en la historia patriarcal colombiana como la Violencia- cuando era muy joven, en pleno conflicto entre liberales y conservadores. Ella era conservadora y mi abuelo liberal –un claro ejemplo de que la vida diaria no tiene fronteras ideológicas autoimpuestas por la sociedad- el pueblo era conservador (el 75 % de la población había sido desplazada por la Violencia, todos liberales). Mi abuelo tuvo que esconderse por meses en el sótano de la casona familiar enseñando a sus hijos a leer y a escribir, mientras mi abuela se movía en la vida pública, atendía la tienda y las fincas que eran de mi abuelo, en una época en la que la mujer se encargaba exclusivamente de lo privado –faltaría más de una década

⁶ Clarice Lispector “agua Viva”

para que las mujeres adquirieran el derecho a votar-. O mi madre, cuyo carácter y fuerza la llevaron a manejar un Instituto de Inmunología; una mujer con la mente en el futuro que ayudó a muchas mujeres y hombres científicos a seguir sus estudios de posgrado en todas las latitudes del planeta. Su lema siempre ha sido “la educación como fundamento de la vida”. Ellas rompían las reglas, y por años me pregunté: ¿cómo es posible? Y a partir de esa pregunta abordé mi tesis, tratando de reconstruir una realidad olvidada por una Historia en la que la grandeza femenina era una excepción y no una regla.

Así, busqué mis propios conceptos y palabras para hablar de esa grandeza y muchas veces me fueron más útiles narrativas visuales (cuadros y películas sobre la época), novelas y cuentos, en los que encontré palabras que me ayudaban a abordar el tema con fuentes tan extrañas para un académico como los cuentos de Gabriel García Márquez “*Los funerales de la Mamá Grande*”, palabras excluidas de las aulas académicas universitarias donde la realidad y la vida se pierde en las teorías y en la “ética” masculina.

Aún en la universidad me pedían un formato de mi investigación, lo cual forzaba una estructura claramente masculina del tema. Poco a poco, sin darme cuenta, la tesis de grado tomó una forma extraña para mí, una que no mostraba claramente la grandeza femenina como es, algo en sí grande y valioso, y al final las teorías sobre violencia que se habían reproducido una y otra vez en otros estudios se inscribió en mi tesis quitándole el valor a la experiencia femenina y dándole relevancia a otros aspectos. Finalmente, a la grandeza femenina que quería mostrar, le ganó la triste grandeza de la guerra. Cuando terminé la tesis, me sentía incómoda y con incertidumbres, como cuando sales y no sabes si apagaste la estufa o si cerraste la puerta de tu casa, me sentí con palabras mudas y encarcelada en un orden simbólico en el que no podía representar a las mujeres tal cual son, sólo como un: “como si”, incapaz de dar cuenta de la realidad femenina.

Hoy leo mi tesis de nuevo, casi acariciando cada hoja, saboreando cada palabra. Tal vez si le quito todas las conclusiones (a las que obligatoriamente debía llegar) encuentro un camino recorrido sin palabras propias, con muchos

silencios, un camino que inicié casi por instinto, buscando y escribiendo mi genealogía femenina, que va desde mi bisabuela a mi abuela, a mi madre y a las abuelas del pueblo de Rovira (Colombia), por supuesto. Un camino que me llevó a saborear una de esas cosas maravillosas que surgen de las cenizas y el barro de la guerra, la relación entre mujeres. Como mi abuela, que después de ser obligada a salir del pueblo tuvo que marchar a la capital, donde formó una red de relación y ayuda a mujeres en su misma condición, compartiendo lo poco que le quedo después de ser desplazada por la violencia, o de mi bisabuela, que escapó de la masacre los Palmitos⁷ con siete niños encima, con esa fuerza que sacan las madres cuando de supervivencia se trata; con esas historias que según mi experiencia son la regla más que la excepción. Así comenzó mi camino, uno en el que me encuentro con la obligación de reproducirlas y compartirlas con otras mujeres.

Este interés por mi genealogía, más que un interés fue una necesidad, de dotar de significado algo que parecía poco importante. Así, en el ejercicio de escribir a partir de entrevistas e historias de vida comencé a tejer historias individuales que construían un pequeño universo de conocimientos, narrativas, imágenes y una alegría indomable, finalmente, un pequeño nodo en la inmensidad de lo femenino. Finalmente, nosotras las mujeres construimos un mundo propio con las herramientas que hay, pero sobre todo de cómo nuestra experiencia transforma éstas en algo único.

Cómo Virginia Woolf que con sus textos retrató la cotidianidad de las mujeres de su época de la manera que sólo ella lo podía hacer, indagando con su narrativa en esos lugares de la mente y la vida de las mujeres que parecían tal vez poco importantes, convirtiéndose así en una de las escritoras más importantes de la modernidad. Su escritura cargada de una luz femenina que muestra todo aquello que ha quedado fuera de la vista imperante, con “tres guineas”, Virginia responde a la pregunta de cómo evitar la guerra en un ensayo acerca de las condiciones de la vida de las mujeres en su sociedad. Ella va más allá de la guerra, analizando con sólo tres guineas, la

⁷ La masacre de los Palmitos, es un evento recurrente en la memoria oral de Rovira, según las entrevistas realizadas se cuenta entre 15 y 20 asesinatos. Los Palmitos es una vereda del municipio de Rovira, catalogado como un municipio conservador en los años cincuenta.

discriminación, la falta de oportunidades educativas y profesionales y la clara ausencia de mujeres en espacios de toma de decisión. Me gusta este pequeño fragmento de aquel libro recordado por Luisa Muraro en la revista Duoda⁸

“Tanto las mujeres como los hombres hemos decidido hacer todo lo posible para destruir el mal de la guerra: vosotros con vuestros métodos, nosotras con los nuestros. Está claro, en realidad, que la mejor manera de ayudarlos a prevenir la guerra no es repetir vuestras palabras y seguir vuestros métodos, sino encontrar palabras nuevas e inventar métodos nuevos”.

Pero si de genealogías femeninas hablamos es necesario recordar a Luce Irigaray quien en su texto “el cuerpo a cuerpo con la madre” nos da una luz brillante sobre el tema de las genealogías, un llamado a rescatar, revivir esa relación primaria con la madre, no sólo esa madre natural, sino a todas las madres que hay en cada mujer, y a toda mujer que hay en cada madre:

“También es importante que descubramos y afirmemos que siempre somos madre, desde el momento que somos mujeres. Traemos al mundo otras cosas además de criaturas, procreamos y creamos otras cosas además de criaturas: amor, deseo, lenguaje, arte expresión social, política, religiosa, etc.”

Construir nuestra propia genealogía femenina es una herramienta fundamental en el momento de situarnos como mujeres en un contexto, para construir y conservar nuestra identidad, recordar que siempre hay una mujer antes, que ha existido una historia y aunque olvidadas por la Historia, la grandeza femenina es una huella imborrable en las mujeres de futuras generaciones.

Quien sería yo si mi bisabuela no hubiera corrido con sus niños en la espalda, o si mi abuela no hubiera construido esa red de relación en su vida de desplazada por la violencia, qué hubiera aprendido mi madre si no hubiera visto a su madre trabajando en medio de una guerra. Finalmente soy un producto de cada paso y acción que las mujeres que me antecedieron experimentaron.

⁸ “Feminismo y política de las mujeres”, Revista Duoda, Nº 28, 2005, Pp 39-47 (traducción de María-Milagros Rivera Garreta).

Leyendo cada tema y texto compartido por mis maestras de Duoda (profesoras y estudiantes), una especie de autovaloración surge en mí. Me doy cuenta que no estaba tan perdida y sola, cuando busqué en mi historia, la de mi familia, un lugar desde donde partir de ser mujer, desde donde enraizarme para ser una antropóloga-mujer y no un antropólogo a pesar de ser mujer.

Pero lo más interesante pasó después de terminar mi tesis de grado cuando, sin saberlo, el texto rotó por las manos de muchos miembros de mi familia. No sólo fue un ejercicio desde donde reconocirme, sino también un lugar en donde toda la familia reconoció esa grandeza femenina que nunca pudieron relacionar con la Violencia, como si fueran cosas tan lejanas como una estrella de otra, aunque coexistieran en un mismo instante.

Hoy después de estar ya casi dos años en el máster de Duoda, he reconocido ese “algo” que me impidió mostrar que la grandeza femenina era algo más magno que la guerra o la violencia. Desde el inicio de mi carrera, comencé a programarme en un estado de cosas donde todo está jerarquizado: desde las ciencias, el arte, la poética, la política, finalmente la vida misma. En pocas palabras, me encontré en una institución en donde era difícil reconocirme y me imponía acomodarme a esa estructura. Me enseñaron que hay reglas y formas predeterminadas, que la ciencia era lo que escribían los hombres –en su mayoría blancos europeos o norteamericanos- y excepcionalmente las mujeres –europeas o americanas- estas últimas siempre con un pie de página o un “tip” “útil” (ejemplo: Simone de Beauvoir era pareja de...) lo que mostraba el terrible conflicto simbólico frente al papel de la mujer en la academia. Finalmente me enseñaron que éramos todos iguales o que podíamos serlo con educación. Hasta ahora -tres años después – me pregunto: ¿iguales a quién?

Creo que para abordar esta pregunta es menester conocer e indagar en la grandeza femenina, construir genealogías propias y poder conectarlas con otras mujeres.

En el curso de este máster siempre he caminado en un camino pedregoso, y es el hecho de que poco se habla o se sabe (¿o interesa?) de las mujeres de otros continentes que de Europa y América del Norte, como si simplemente se abriera el campo de los que están en la Historia, pero siempre con una sombra, un resto, los excluidos, las mujeres del sur. Ellas son (somos) dejadas aparte y como excepción (de nuevo) tal vez se habla de Clarice Lispector y otras pocas. Supongo que es un trabajo que está comenzando y aún no sabemos qué va a pasar. Pero cada edificio comienza con una roca y hay que ser críticas desde los cimientos ya que en el proceso podemos construir barreras simbólicas que reproduzcan el silencio de otras latitudes. También es esa la tarea que tenemos por delante: mostrar la diversidad de las experiencias que como mujeres tenemos en el tiempo y el espacio. La creación de unas genealogías que fortalezcan el futuro, más allá de la subordinación de otras.

Breve reflexión sobre la educación

Pero mi trabajo no fue un camino solitario, de hecho mi profesora guía fue un gran apoyo. Una especie de *affindamento* se estableció entre nosotras, me mostró el camino a herramientas conceptuales y fuentes que no se manejan fácilmente en las ciencias sociales. Aún así, las fuentes por las que me guió me llevaron a realizar mi genealogía femenina y me dio fuerza cuando mi tema se volvió muy pesado para mí, ya que trabajar con víctimas de violencia –no importa qué tipo de violencia- deja la objetividad en una palabra de bolsillo.

Cuando presenté mi proyecto de tesis dejé en claro que mi intención era abrir puertas a la emocionalidad a las aulas de la academia. Sólo mi maestra fue capaz de reconocer mi deseo y guiarme en lo que pudo, dándome un espacio fuera de las aulas en donde reconocirme: mujer latinoamericana (con lo mucho que eso conlleva).

La historia occidental y masculina es un espacio donde la mujer queda en silencio, imposibilitada para existir como mujer, sea sujeto creador u objeto de estudio (es divertido como las palabras del orden masculino se cuelan entre frase y frase). Tal vez la grandeza femenina es como aquella marcha a la que

un día fui: una explosión de sensaciones que ilumina el panorama y luego sólo queda el silencio, un silencio que no reconocerá la Historia, pero no un silencio mudo, porque no es un suceso ordinario, es una corriente de relaciones que se inscriben en el tiempo de madre a hija, de maestra a alumna, de mujer a mujer.

Bibliografía

- Arturo Alape, “El cadáver insepulto”. Bogotá: Editorial planeta colombiana, 2009.
- Clarice Lispector, “Agua Viva”, Libros del tiempo, 2012.
- Carolina Vivas Ferreira, Donde se descomponen las colas de los burros, <http://www.iberescena.org/imagen2/file/DONDE%20SE%20DESCOMPONE%20LAS%20COLAS%20DE%20LOS%20BURROS%20finalx.pdf>
- Librería de mujeres de Milán, “No creas tener Derechos”, Horas y Horas la Editorial, 1991.
- Virginia Woolf, “La dama en el espejo”, Ediciones Huracán, 2011
- Virginia Woolf, “tres guineas” editorial Lumen, 1999.
- Luisa Muraro, “el dios de las mujeres”, Horas y horas la editorial, 2006.
- Luisa Muraro, “Feminismo y política de las mujeres”, Revista Duoda, N°

